Nueva Antropología

3



ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA

Sección Editorial

PRIMER CONGRESO NACIONAL DE INDIGENAS

En las riberas del lago de Pátzcuaro, lugar apropiado, ya que allí llevó a cabo don Vasco de Quiroga el primer intento de organizar a las comunidades tarascas según un nuevo modelo político y económico, acaba de efectuarse el Primer Congreso Nacional de Indígenas. Aclaremos para empezar: los indígenas son campesinos mexicanos que, por azares históricos, hablan lenguas nativas americanas y conservan, en mayor o menor grado, costumbres e instituciones distintivas. No diremos prehispánicas porque la antropología acaba de demostrar que gran parte de sus pautas culturales han sido desarrolladas con posterioridad a la Conquista. Se cree, erróneamente, que desde ese punto en la historia las culturas indígenas quedaron congeladas, aplastadas, verdaderas ruinas que se han ido deteriorando al igual que los monumentos arqueológicos cuando carecen de atención. Ninguna cultura se estanca: sigue recreando elementos antiguos, incorpora los nuevos y los integra ambos en un desarrollo continuo en espiral. *El que toda cultura posea una vitalidad propia y una validez histórica innegable es un hecho científico: el que por razones políticas y de intereses económicos se haya querido y se quiera todavía considerar a las culturas indígenas como atrasadas, estancadas o poco vitales es un hecho político. Y el Primer Congreso de*

Indígenas en Pátzcuaro demostró, justamente, cuán política es la cuestión indígena.

El antecedente único del Congreso ha sido sin duda el interés personal del presidente Echeverría en los grupos indígenas, el cual, a través de la rara alquimia de nuestro sistema político, se ha traducido en una labor intensificada del INI, en el "despertar repentino" de la Reforma Agraria, que de pronto se dio cuenta de que existían campesinos indígenas, y en el afán presuroso de la CNC por incorporarlos a sus filas. En el transcurso de este año, según informan las dos últimas dependencias, se llevaron a cabo 60 congresos regionales para elegir a las delegaciones respectivas de los distintos grupos indios. ¿Bajo qué condiciones se realizaron dichos congresos? ¿Cómo se hicieron las convocatorias, en qué lugares y fechas se reunieron? Misterio, misterio PRIstino. Sacadas de la manga, acarreadas en autobuses, las delegaciones Popoloca, Pai-Pai, Pima, Mazahua y otras treinta más aparecieron en Pátzcuaro como por arte de magia. Otra vez, el secreto y sigilo de las operaciones pronosticaban una nueva función de títeres, —al presente, más folklóricos—, quienes bajo la promesa de tristes concesiones, serían utilizados, una vez más, para apoyar a tal o cual precandidato y para darle lucimiento a tal o cual dependencia o agrupación. Justamente, por tal motivo, un grupo de antropólogos se adelantó a la feria y publicó un desplegado de protesta en un periódico capitalino. Pero la gran sorpresa, inusitada sorpresa de Pátzcuaro fue que, ahora sí, los indígenas ya no necesitan voceros, porque ellos tomaron la palabra y el manejo de su congreso.

Pátzcuaro, lunes por la noche: siguen llegando los autobuses que traen totonacos de Papantla, nahuas de Zitlala, Guerrero; mayas de Tenabo, Campeche. Lenguas anónimas explican que los camiones del Ejército fueron detenidos y demorados por la policía de caminos estatal. Rumor seguramente cierto, dada la virulenta oposición del gobernador de Michoacán, Carlos Torres Manzo, a que se realizara el Congreso. Resabio de mentalidad colonialista típica del político más preocupado por mantener una dominación colonial de los campesinos, que por impulsar el desarrollo de su estado.

Se les prometió hospedaje a las delegaciones indígenas: se les acomoda en enormes carpas de franjas rojas y amarillas, levantadas en una explanada de las riberas del lago. ¿Se hospedaría así a los grupos de ganaderos o agricultores de Sinaloa o de otras regiones del país?

Algunas delegaciones se hospedan en el internado del CREFAL, otros "pos ahí nos pasamos mejor la noche platicando en el camión." Se han instalado baños y agua potable en las inmediaciones y en el Centro Coordinador del INI; a una calle de distancia se sirven tres comidas al día a 2 800 comensales. Sentados en el pasto, en el jardín, o alrededor de las mesas; se miran con extrañeza, con desconfianza o con un nuevo sentido de solidaridad, los distintos grupos. Conversa Pepe Chambor, el jefe de los lacandones, con José Martínez, de la delegación de popolocas. Las mujeres, la gran mayoría vestidas con sus trajes tradicionales, no hablan siquiera sin pedirles permiso a sus hombres.

Asisten dos tipos de delegados al Congreso: los jóvenes y viejos militantes, de lengua rápida, que intentan acrecentar la concientización y los lazos de apoyo político entre las distintas delegaciones, "... sólo si nos unimos, si nos apoyamos unos a otros, vamos a poder hacer algo, si no nos van a comer otra vez." Aceleran el paso y se van a discutir, a absorber información, a organizarse. El otro tipo de delegado es el indígena que nunca ha salido de su pueblo. Es sonriente: "si esto es muy bonito, señorita, si estamos muy agradecidos, si bendito sea Dios que nos ha permitido venir acá." "¿Y qué le parece el Congreso?" "Pues muy bonito, señorita, si estamos aquí todos como hermanos y nos estamos divirtiendo mucho."

Martes por la mañana: en la tribuna instalada en Janitzio para la inauguración, dos filas. En la primera, sentados, los funcionarios; detrás de ellos, de pie en el rayo del sol, los líderes indígenas. Los discursos de los funcionarios lanzan las consignas archisabidas, pero añaden: "... estamos, aquí, no para hablar, no para decirles lo que hay que hacer, sino para escucharlos, para que el indígena ahora hable y sea escuchado." Dicho lo cual, se levantan casi todos los funcionarios y se van, dejando a los líderes indígenas hablando solos, con la voz perdiéndoseles sobre las aguas del lago.

Miércoles por la mañana: Los funcionarios de la S.R.A. y la C.N.C. hicieron los arreglos organizativos para las mesas de discusión. Se habían designado dirigentes de las mesas, se habían previsto ponencias y quizás, incluso hasta las conclusiones. Y los organizadores del Congreso esperan y esperan esa mañana, pero los indígenas no aparecen. Finalmente, anuncian los jefes de los Consejos Supremos que tienen que sesionar: y con un "ora sí nos habrán de perdonar" piden que salgan del salón todos los funcionarios de las distintas dependencias, de la CNC, los antropólo-


DISCURSOS PATRIOTICOS
EDITOR
A. VANEGAS ARROYO

gos y reporteros. Y deliberan, horas y horas.A lo último, anuncian que sólo los indígenas tendrán voz y voto en las mesas de trabajo, que éstas serán dirigidas por los indígenas y que los funcionarios, en su calidad de consultores, recibirían oportunamente las conclusiones y peticiones de las mesas. Ahora sí, las delegaciones que vagaban por las inmediaciones se ponen a trabajar: es notorio el cambio de atmósfera, los indígenas se apresuran a asistir a las mesas, hacen esfuerzos por hablar en público, por hablar en castellano.

Durante dos días trabajaron en distintas mesas de trabajo. Entre las que tuvieron mayor asistencia estaban la mesa de Tenencia de la Tierra, de Asuntos Forestales, de Comercialización y de Ganadería.

Las mismas denuncias, los mismos problemas: los lacandones, y los tarahumaras y los mazatecos y varios grupos más, para dar un ejemplo, se encontraron denunciando los mismos abusos de las compañías madereras que explotan ese recurso en sus regiones; los campesinos que cultivan café describiendo los mismos obstáculos a su comercialización que sus compañeros de otras regiones. *Fue éste uno de los resultados más trascendentales del Congreso: la confirmación, a ojos de los indígenas, de que sus problemas más graves son similares o idénticos porque parten de una base común: el hecho de que carecen de defensas legales en contra de abusos económicos por su falta de participación en el poder.* Y me parece que fue esta conciencia, largamente discutida en las noches del Congreso, la que le dio el impulso a una nueva actitud por parte de los indígenas. Para cualquier persona que haya estado en contacto con grupos indígenas, no podía pasar inadvertida una militancia sin antecedentes entre los delegados al Congreso. Por vez primera, ahora insisten en tomar la iniciativa en las políticas que se apliquen a sus grupos y en el mando de los organismos que las llevan a cabo.

Aunada con esta politización, se hace notorio un cambio en su concepción de su historia y sus culturas. "Ahora ya puedo decir que soy indio y pues no me siento mal." La mesa de Preservación de las Lenguas y Culturas Indígenas se dio a la tarea de analizar en qué consisten las culturas indígenas: ¿son costumbres, usos o pensamientos distintos? Concluyeron: "...nosotros tenemos nuestras costumbres, los gobiernos tradicionales con mayordomos y jueces, o el tequio (tipo de trabajo comunal) y la faena, son instituciones, así como la sociedad mestiza tiene las suyas como el PRI."

Nuevamente en secreto se reunió la Sesión Plenaria del Congreso, en la que se redactaron las conclusiones y peticiones globales y se elaboró una Carta de los Indígenas. Las peticiones hechas son: que se reconozcan oficialmente —cuando menos a nivel estatal— las lenguas indígenas existentes en el país; y que se incluya a indígenas en las legislaciones estatales y en las directivas de organismos que se relacionen con planes de desarrollo o explotación de recursos en las regiones indígenas.

El viernes por la mañana, el presidente Echeverría asistió a clausurar el Congreso y, fundamentalmente, a darle un peso político a las decisiones tomadas. ¿Habrá recogido suficiente impulso político el movimiento de los indígenas como para seguir presionando y existiendo aún después de que Echeverría deje la presidencia? ¿Será otra vez un intento ligado con un hombre, como fue en el régimen de Cárdenas, o será cuidadosamente borrado cuando desaparezca?

La cuestión básica por preguntarse es, desde un punto de vista político, la validez que tiene organizar políticamente a los indígenas basándose en su filiación cultural. Se argumenta con virulencia que esto da ocasión para dividir las filas del campesinado. Con la misma beligencia puede contestarse que los campesinos indígenas jamás han sido tocados siquiera por las redes de las confederaciones campesinas, las que no han mostrado el menor interés en agruparlos. De cualquier manera, se sabe hasta el cansancio que al indígena se le mantiene en el último lugar de la fila política. Es decir, casi sin excepción, ninguno de los delegados al Congreso habría tenido oportunidad de politizarse y de ligarse con una organización de solidaridad por los canales comunes. Uno de ellos lo expresó muy acertadamente: "¿Usted cree que no sabemos por qué nos traen? Ya sabemos lo de los acarreados. Pero pues yo digo, bueno, me quedo aquí en el pueblo, donde ni los zopilotes llegan, y ¿de qué sirve? Mejor vengo y me entero y ya tengo de qué hablarles cuando vaya yo de regreso." Pasará mucho tiempo antes de que puedan existir agrupaciones independientes en el campo mexicano. Mientras eso no suceda, el efecto más importante del Congreso fue la repercusión que tuvo, a nivel de conciencia política, sobre los delegados.

Ahora bien, ¿cuál es la posición que pueden tomar los antropólogos frente a intentos desarrollistas u organizativos de las comunidades indígenas bajo el ala abrigadora del estado? Nuevamente, el caos y la improductividad de la investigación en antropología social en México —mismas que se intentan ocultar

tras sectarismos pichicateros— no pueden más que manifestarse en una falta de coherencia en cuanto a juicios sobre la acción en los grupos indígenas.

A grandes rasgos, parecen delinearse cuatro tendencias, en este sentido, entre los antropólogos: 1) la que se ha convertido en defensora irrestricta de las culturas indias, tendencia que se tilda lo mismo de "romántica" que de "reaccionaria." Se ha plasmado en diversas declaraciones, precedidas por la ya muy conocida Declaración de Barbados, y encuentra su expresión extrema en los escritos, por ejemplo, de Robert Jaulin; 2) la que protesta enérgicamente contra el etnocidio de los pueblos indios, sin que por ello quiera negar el desarrollo histórico de las sociedades latinoamericanas en su fase capitalista. Se intenta buscar, alternativamente, una manera política más viable para hacer participar a los indígenas en el sistema de poder y en el desarrollo económico, tendencia en la que se sitúan los escritos de Rodolfo Stavenhagen y Darcy Ribeiro, entre otros; 3) la que aquellos que participan en la política oficial indigenista, sustentando que la integración de los indígenas al proletariado podrá aumentar eventualmente el peso político y la posibilidad de acción del mismo. El principal exponente de esta posición es Gonzalo Aguirre Beltrán; 4) la de los puristas teóricos que rechazan con estridencia cualquier tipo de acción en las circunstancias actuales, por presentarse éstas en el contexto de un gobierno reformista burgués. Se condena así la inacción y la esterilidad cuyo único signo de vida pueden ser las polémicas teóricas en el ámbito académico.

Es claro que si partimos de un análisis de izquierda de las sociedades latinoamericanas, ni la primera ni la última posición pueden sostenerse, ni teóricamente ni como práctica política. Tanto la teoría del imperialismo, como la de la dependencia, indican, sin lugar a dudas, que el desarrollo del capitalismo en Latinoamérica, salvo procesos revolucionarios que den un giro al socialismo, proseguirá en un curso convencional.

Partiendo de esta base, sólo quedan dos alternativas: dejar que la incorporación de los campesinos indígenas a la sociedad nacional se lleve a cabo bajo la égida y en las condiciones convenientes para los sectores del gobierno favorables a las clases dominantes, o excitar a otras agrupaciones democráticos a que apoyen la participación creciente del campesino indígena, como primer paso, en la distribución del poder; es decir, que se le permita constituir grupos de presión política. Esto les daría un mar-

gen de negociación más amplio en el cual podrían manejar, ellos mismos, su participación en el sistema económico nacional.

DEMOCRACIA SINDICAL

La manifestación realizada por la "tendencia democrática" del SUTERM, el 15 de noviembre de 1975, reveló la importancia de este movimiento, ya que no sólo logró movilizar a los electricistas, quienes en repetidas ocasiones han demostrado su disciplina y combatividad, sino algo aún más inusitado: la participación amigable de los distintos grupos de izquierda que existen en México, tanto los del PRI, como los más radicalizados. Más de ciento cincuenta mil personas marcharon desde la columna a la Independencia hasta el monumento a la Revolución (no se les permitió la entrada en el zócalo). Su importancia se ha hecho también evidente porque ha desencadenado una campaña de furibundos ataques de la "facción cetemista" del SUTERM, de la CTM, del Congreso del Trabajo, e inclusive de organismos aparentemente ajenos al movimiento sindical, como la CNOP.

No se trata de una lucha por el poder entre líderes que tienen enemistades personales, sino de un conflicto entre corrientes sindicales y políticas opuestas, cuyo origen data de muchos años atrás.

Los electricistas fueron de los primeros trabajadores en organizarse sindicalmente. Han tenido una participación política significativa, lo mismo en el periodo revolucionario que durante el cardenismo. El distanciamiento de la CTM y de otras centrales obreras se debió a diferencias sustanciales en sus posiciones políticas, y, sobre todo, a que los electricistas se han negado a aceptar los métodos autoritarios generalmente empleados por los líderes sindicales.

Han señalado la necesidad de vigorizar al movimiento obrero, mediante la unión efectiva y el apoyo mutuo de los trabajadores, con lo que serían desplazados los líderes antes mencionados; han propugnado una mayor intervención del estado en la economía, y la participación de los trabajadores en la administración de las industrias nacionalizadas "para cuidar de los intereses del pueblo"; su visión del movimiento obrero implica también una redefinición de su alianza con el gobierno, a fin de orientar la política

económica del país hacia un desarrollo más equilibrado y con mayor justicia social.

Por lo demás, desde su fundación, en 1937, la CFE auspició la creación de un sindicato con afiliados a su partido, para evitar todo trato con los sindicatos electricistas ya existentes. El SNEF (Sindicato Nacional de Electricistas Federales), que después pasó a ser SNESCRM, estuvo siempre bajo la dirección de Francisco Pérez Ríos, y mantuvo relaciones estrechas con la CTM.

Las diferencias políticas entre estos dos sectores fueron ahondándose a través de los años, en la medida en que la expansión de la CFE ponía en peligro a las organizaciones sindicales de las empresas privadas.

Al nacionalizarse la industria, en 1960, los sindicatos de la industria privada, agrupados en la "tendencia democrática", plantearon como única solución al conflicto la creación de un nuevo sindicato que comprendiera a todos los trabajadores electricistas y que permitiera la integración de los sindicatos sin menoscabo de sus derechos.

La creación del Sindicato Unico de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM) fue diferida para 1972, después de una larga lucha del STERM. Pero la integración aún no se verifica en la práctica; el SME sigue al margen de la lucha, por pertenecer a otra compañía, y no a la CFE; y los grupos del SNESCRM y del STERM no se han integrado realmente en los centros de trabajo, como había sido convenido. En las pocas secciones que llegaron a integrarse los obreros de ambos grupos, la "tendencia democrática" se fortalecía en la medida en que éstos tenían voz y voto en las asambleas. De ahí que todo el esfuerzo haya estado enfocado a evitar la integración real; y a expulsar al mayor número posible de líderes del antiguo STERM.

La existencia de un sindicato democrático como el SUTERM, que sería uno de los más poderosos del país, es una amenaza a los principios de control que han sostenido a la burocracia sindical al frente de la CTM y de otras centrales obreras.

Es cierto que el gobierno mexicano ha contado con el respaldo del movimiento obrero organizado, lo que le ha permitido una excepcional estabilidad política; pero también ha limitado sustancialmente el desarrollo independiente del sindicalismo, y, sobre todo, su politización, en la medida en que la CTM es al mismo tiempo un sector del partido oficial.

Es cierto, asimismo, que las estructuras sindicales existentes han venido desgastándose paulatinamente y perdiendo la capa-

cidad de prestar al gobierno el apoyo de una fuerza efectiva; de ahí la necesidad expresada reiteradamente por el presidente Echeverría, de proponer la "democratización del movimiento obrero." Pero esta contradicción no ha sido resuelta, ni parece que se pueda resolver con la democratización del PRI.

La lucha que ha venido sosteniendo el movimiento electricista, desde hace más de veinte años, no puede circunscribirse al ámbito sindical, porque no se trata de un problema organizativo, ni salarial, ni mucho menos de rivalidades personales. Y tratándose de una lucha política con perspectivas mucho más amplias, la democratización sindical solamente podrá tener éxito en la medida en que sea capaz de vincularse organizativamente a otros grupos políticos, y cuando reúna las fuerzas, hoy dispersas, de la izquierda mexicana.

EL PREMIO NOBEL

La concesión del Premio Nóbel de la Paz en este año, revela con meridiana claridad que la concepción del "héroe" ha cambiado por completo —cambio que era de esperarse— a tono con los nuevos tiempos. Recordemos que en la segunda mitad del siglo XIX, cuando la teoría evolucionista comenzaba a tomar cuerpo como expresión ideológica del sistema capitalista en expansión, la imagen del héroe se personificaba en individuos de la clase del Dr. Livingstone y Stanley, misioneros y/o exploradores, heraldos estupendos de la fe cristiana, de la "civilización" occidental e industrial, de la supremacía del nuevo sistema y del poder y la superioridad del hombre blanco.

Estos personajes, que se internaban en las profundidades del Africa, abriendo de paso el camino a la penetración del capitalismo y la ideología occidental, eran considerados hombres excepcionales y recibían los honores y reconocimientos más entusiastas. Todavía este año figuraba en la lista de candidatos al Premio Nobel de la Paz, un abnegado mortal con parecidos méritos: retirado de las comodidades modernas, se había adentrado en un lejano punto del Tercer Mundo, para servir a sus semejantes, etc. Sin embargo, el premio no le fue otorgado. En cambio, lo recibió la perfecta encarnación del nuevo ídolo y héroe de la ideología burguesa: Andrei Sajarov.

Como se trata de un premio por la "paz", puede presumirse que esta designación no está relacionada con la paradójica cir-

cunstancia de que el físico Sajarov es precisamente artífice de una bomba terríficamente más poderosa y destructora que aquella que levantó el descomunal hongo devastador sobre Hiroshima y Nagashaki (¡oh, gran flama protectora de la democracia!). No, Sajarov recibe el premio por un mérito igualmente loable, pero distinto: su lucha por la "libertad."

De nuevo, el "mundo libre" reafirma con ello su creencia en la libertad, a secas, abstracta y sin contenido en apariencia, por lo menos. En un momento en que el mundo capitalista atraviesa por su peor crisis de valores; en el que la noción de 'libertad para todos" muestra peligrosamente su verdadero carácter mistificador, nada más oportuno que otorgar un premio por la paz a quien defiende esa "libertad" abstracta, sobre todo si ese gran luchador se debate desesperadamente frente a un sistema que se ha declarado enemigo de todas las virtudes y normas morales y espirituales del mundo burgués. Así, el Premio Nóbel cumple simultáneamente dos cometidos: reafirma una fe democrática de capa caída y, además, orquesta otro ataque de ridículo corte anticomunista, siguiendo un antiguo ritual. La guerra fría no ha terminado.

De esta manera, la crisis de un premio, como el Nóbel de la Paz caído en el mayor desprestigio, es la expresión de una crisis mayor del sistema y la ideología capitalistas. La discreción se ha perdido. Antes, había recibido el Premio Nóbel de la Paz, nada menos que Henry Kissinger, organizador de guerras más o menos torvas (Chile) y negociador de paces interesadas (Vietnam, Medio Oriente). El Nóbel de Literatura ha visto también violada su alba "inocencia", cuando lo ha recibido, por ejemplo, Alejandro Solyenitzin, calificado incluso por el Departamento de Estado norteamericano como un peligroso desquiciado mental, cuyo síndrome más evidente es su asombrosa paranoia anticomunista.

Pierdan, pues, sus esperanzas de obtener premios nóbeles los antropólogos estudiosos de exóticas culturas, los exploradores que abren nuevas rutas comerciales y descubren nuevas fuentes de riquezas, los misioneros que sirven a sus semejantes difundiendo la cultura occidental, la civilización y la fe cristiana... Ya no son héroes. El mundo burgués (que ha destruido las culturas exóticas; que ha expandido sus fronteras y controlado las riquezas naturales de un amplio mundo dependiente; que ha penetrado ideológicamente toda su esfera de influencia), ya no los necesita. Los nuevos héroes de Occidente son estos grandes luchadores por una libertad que, si bien ha permitido perpetrar las mayores destrucciones de

vida que conoce la humanidad e implantar todas las opresiones, garantiza, sin embargo, el pacífico desarrollo del negocio burgués: la explotación del hombre.